

Ella y el pequeño

ba por el cuarto Martini seco cuando apareció Ella. Ella es Ella porque no me dijo su nombre, y no he vuelto a verla. Y sin embargo, llegué incluso a imaginarme que nos casábamos. Aunque lo más probable es que de habérselo pedido, Ella me hubiera dicho que no. Pero esto es adelantar acontecimientos.

Ella bajó las escaleras lentamente. Tenía una espesa melena negra.

Su cuerpo y su cintura parecían un embudo.

Su cuerpo, su cintura y sus caderas parecían un reloj de arena.

Su cuerpo, su cintura, sus caderas y sus muslos parecían un violín.

Ninguno de los allí presentes éramos Rostropóvich, pero inmediatamente todos sentimos deseos de tocar aquella música, y dejamos de pensar en nuestras cosas.

Yo de dejé de pensar en mi hijo.

No sé por qué, Ella eligió mi mesa. Pensé que se había engañado, que había creído que mi reloj era de oro. Me pidió fuego. Acerqué la llama del mechero a sus labios.

Sus labios y sus ojos, y todas esas cosas...

—¿Casado?

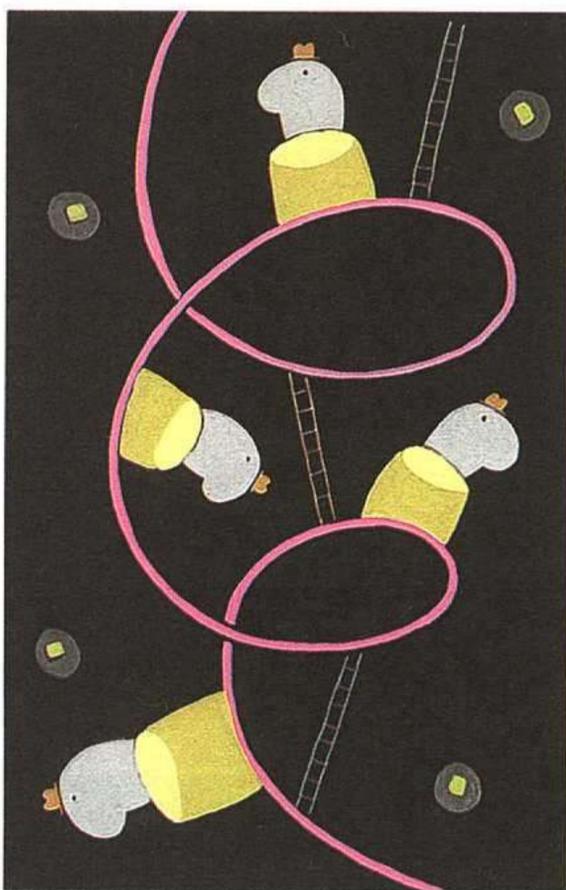
—Sí —dije—, y por pereza no aclaré que ya no lo estaba.

—¿Hijos? —echó humo por la nariz.

—Uno.

Torpedamente, saqué la fotografía de la cartera y se la mostré.

También yo me había dado cuenta de que me temblaban los dedos.



SOFÍA BAIZOLA

Daniel

por Martín Casariego

—¿Es guapo?, ¿es guapa la madre?

Asentí con la cabeza.

—Lo siento. Me llaman.

Un tipo bajito y con unas espaldas como un armario le había hecho una seña.

—Enseguida vuelvo.

Me sonrió.

Apuré la copa y pedí un quinto Martini seco.

Una vez una sonrisa como aquella...

Me gustaría saber contárselo algún día a mi hijo.

Mi hijo...

A los cuatro años tenía problemas para atarse los cordones de los zapatos. Aho-

ra tiene seis y no puede ponerse un jersey.

Dos psicólogos de distintos colegios dictaminaron lo mismo: lateralidad no definida. No está claro qué hemisferio manda en su cerebro. Pero tampoco es ambidiestro.

Antes yo no sabía que existiera una cosa así.

Tiene dificultades para leer.

Pero no es tonto.

Es normal en casi todo, incluso muy inteligente en algunos aspectos.

Ella volvió, tal como había prometido.

La piel tostada de sus brazos desnudos, y todas esas cosas...

—Lo siento, es el trabajo.

—No importa.

—¿Sigues pensando en tu hijo?

—Nunca podrá abrir una lata ni descorchar una botella, aunque cumpla cuarenta años. Aunque ponga toda su buena voluntad.

Ella me sonrió con mucha ternura, como en otra ocasión, como otra hizo en otra ocasión...

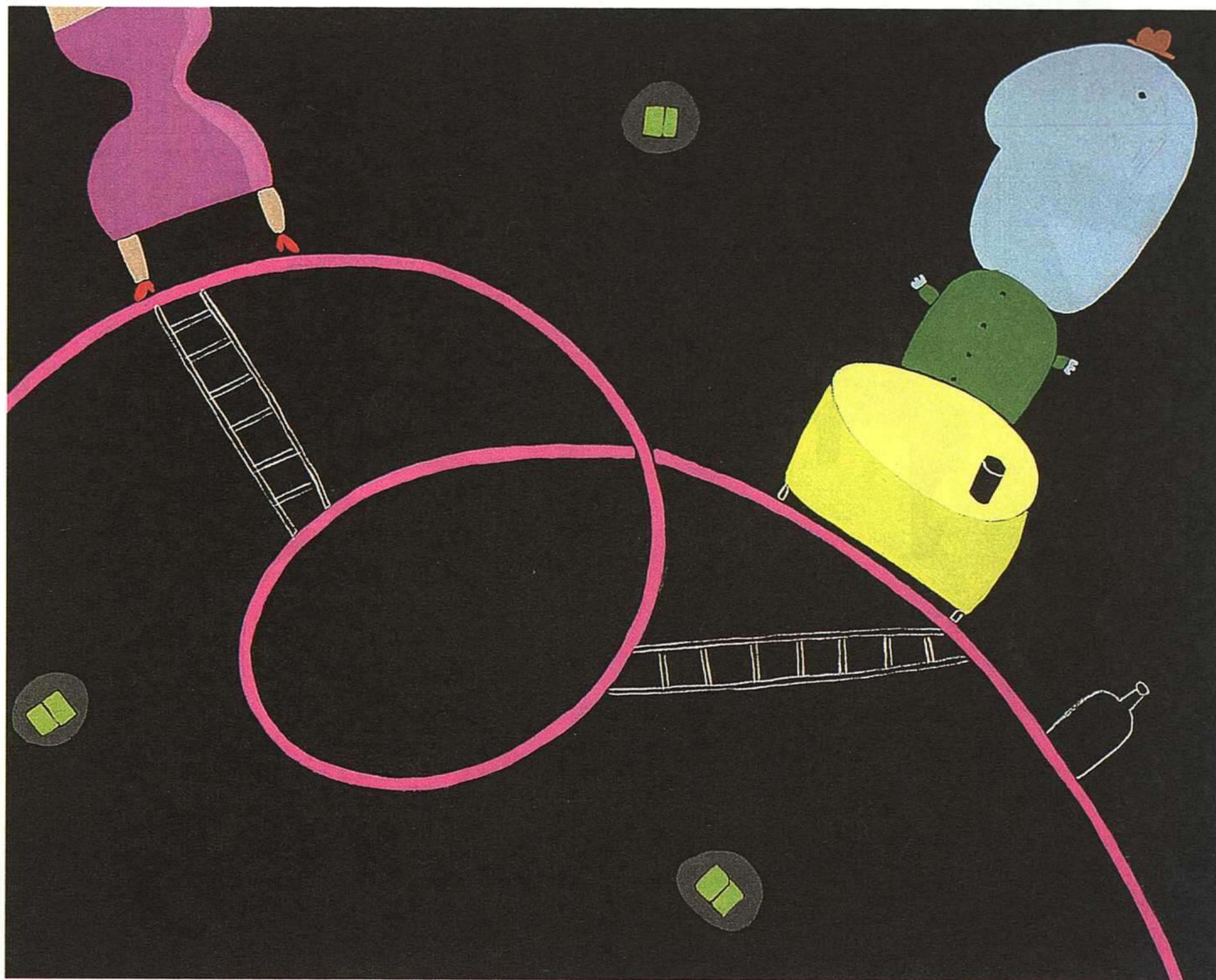
—Lo siento, me llaman. ¿Por qué no pones algo de dinero en la mesa? Así podría quedarme a charlar contigo más tiempo.

Se levantó y se fue.

Saqué un billete y lo dispuse bajo el cenicero, dejando que asomara la mayor parte.

Lástima que su padre no pueda mandar más dinero a su madre.

Pero trabajaré, me partiré la cara, claro que sí, mañana mismo...



SOFÍA BALZOLA.

Lástima que su madre perdiera la confianza en su padre.

Lástima que yo no haya sabido...Pero a partir de ahora...

Y suerte de que tenga una madre, la mejor madre del mundo...

Ella regresó a mi lado.

—Guarda el billete. Me gustaría no cobrar, aunque sólo sea por variar.

—¿Por qué vienes a mi mesa, entonces? Creí que era por mi reloj.

—Vale menos que el billete, ¿no?

Sentí un escalofrío. Pronto vendrían más.

—Creo que voy a irme. Quédatelo de recuerdo.

—No lo quiero.

—Por favor.

Me quité el reloj y lo puse en su mano.

—¿Dónde vas?

—No lo sé.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—No, no soy de aquí, pero aún me queda algún dinero.

—Gástalo conmigo.

—Tú nunca te enamorarías de mí. Pero eso no importa. Es por el pequeño Daniel.

—Vuelve.

Salí. En la calle, otra mujer me pidió fuego. Sin detenerme, sin mirarla, puse el mechero en sus manos, y mi actuación debió de desconcertarla, pues ni siquiera me dio las gracias.

Seguí mi camino, sin mirar hacia atrás y sin saber hacia dónde me dirigía.